

El San Sebastián Negro



EL DIARIO DE BETA-LOCAL - UNA ORGANIZACIÓN SIN FINES DE LUCRO DEDICADA A PROMOVER EL PENSAMIENTO, ACCIÓN Y PRODUCCIÓN CRÍTICA Y CREATIVA

Ocurre que en esta plaza fuerte de San Juan Bautista, en el año de 1777, tuvo lugar un hecho de cualidades milagrosas, un hecho que ha escapado a la memoria de nuestra gente, aunque según algunos afirman, en Loíza existió una comadrona de 110 años, quien afirmó justo antes de morir, que según una antigua historia familiar, había logrado vencer varias veces a la muerte implorando al "San Sebastián Negro". La historia del San Sebastián Negro, cuyo nombre de pila, tal parece fue Juan de la Cruz, hubiese desaparecido para siempre en la noche oscura del silencio, a no ser por el hallazgo en el taller del pintor de Puerta de Tierra, Juan A. Rosado.

Según me contó un vecino del lugar, una tarde, unos pobladores de Loíza le llevaron a su taller las únicas pertenencias que había dejado su tío abuelo tras su muerte, entre las que se encontraban una caja llena de pinceles, barrenas, lápices, un tintero y una salvadera, estas últimas de plata, además de otro cajón de limpiabotas, también de madera. El Sr. Rosado los conservó durante muchos años sobre una repisa, como único recuerdo del maestro artesano de Loíza que fue su tío abuelo. Hasta que una mañana del mes de octubre, un fuerte terremoto azotó el taller del pintor, con tal fuerza, que todas las cosas que tenía en las repisas de su taller cayeron sobre él, quedando irremediadamente sepultado.

Tal y como me cuentan, Rosado tuvo que esperar hasta que algunos de sus aprendices llegaran y retiraran la montaña de objetos que lo mantenía en aquel triste cautiverio. Éstos, al escucharle bajo los escombros, removieron rápidamente cajones de madera, latas de pintura, bastidores, lienzos, tablones, entre otras cosas del oficio, hasta dar en el fondo de aquella gran montaña con el pobre pintor Rosado. Afortunadamente, y salvo algunas contusiones que lo mantuvieron prácticamente inmóvil durante algún tiempo, no fue mayor la desgracia. Sus pacientes aprendices fueron devolviendo todo cuanto había a su lugar original, empresa que fue dirigida y cuidadosamente supervisada por el propio pintor, quien desde luego, había quedado tan maltrecho que apenas podía ponerse de pie de la silla, desde donde impartía con voz fuerte las minuciosas instrucciones. Muchas cosas se habían estropeado irreparablemente, otras estaban manchadas por la pintura que salpicó en todas direcciones, acentuando el cuadro del desastre. En una esquina yacía hecho pedazos el cajón de limpia botas de su tío abuelo. Otros afirman que fue Rafael, uno de los más devotos aprendices del maestro, quien descubrió primero que el cajón quebrado revelaba un compartimento falso, en el que encontró un cuadernillo de pastas amarillentas, atado con una cinta descolorida. Levantando con una mano el cajón hecho pedazos y en otra el cuaderno, preguntó: —¿Y dónde va esto?—.

Rosado clavó sus ojos en el cuaderno y guardando silencio, no tuvo para éste breve respuesta. El silencio del maestro detuvo las tareas, y todos dirigieron sus miradas hacia el pequeño cuaderno. Los devotos aprendices, quienes habían trabajado por horas devolviendo las cosas a su lugar, encontraron un momento de descanso y a la vez de excitación nerviosa. El joven Rafael se acercó al maestro haciéndole entrega del cuaderno. Rosado lo tomó entre sus manos y removió el lazo, y logrando abrir el cuaderno comenzó a leer en voz alta, y para sorpresa de todos, esto fue lo que escucharon:

Relación verídica de los sucesos acaecidos en esta plaza fuerte de San Juan Bautista de Puerto Rico, durante la doceava cabañuela del año de 1777 de Nuestro Señor, y de cómo un negro a quien se acusaba de brujo llamado Juan de la Cruz, sobrevivió al suplicio público a pesar de ser éste asañado con treinta flechas.

Tocada la diana en esta ciudad, trajeron atado de pies y manos a un labrador de raza negra, natural de la aldea que llaman de Loíza, al que nombraban Juan de la Cruz, acusado por el Juez Inquisidor de reincidir en brujería. Fue apresado de madrugada en un bohío de dicha aldea, donde según se cuenta, yacía amancebado, al parecer con mujer blanca, y desde allí fue conducido a esta ciudad por los hombres del Inquisidor. Dicho gran Señor Inquisidor, quien además ostentaba otros tantos títulos y dignidades, y cuyo nombre no quisiera recordar, luego de arribar a esta ciudad proveniente de las provincias de Cartagena de Indias, donde también realizó gran cantidad de autos de fe, obró del mismo parecer aquí en esta ciudad. Según entendidos en materia de fe, fueron éstos en su mayoría sin mayor fundamento y justificación que el del puro capricho de dicho Juez, cobrando así las vidas de muchos justos por pecadores.

Entrado ya la comitiva que conducía a Juan de la Cruz a esta plaza por la puerta que llaman de tierra, al son de tambores y trompas, se hizo toque general de campanas y se ordenó congregarse a todos los vecinos frente al campo que llaman del morro. En dicho campo existe una fortificación con el nombre de San Felipe, muy bien emplazada, dispuesta sobre un promontorio de tierra que defiende la boca de la bahía de esta ciudad. A poco más de un mes de la llegada del Juez Inquisidor, hizo levantar un quemadero en dicho campo, y en él se pretendía hacer quemar ante la vista de todos al negro que acusaban de brujo. Pero los sucesos que tuvieron lugar aquel día del mes de enero, y que os narraré a continuación, no sólo impidieron cumplir la voluntad del Juez Inquisidor, sino que alterarían de forma tal la paz espiritual de los capitalinos, que aún hoy algunos no han podido recuperar.

Preparado ya el quemadero como de costumbre, y presentes prácticamente todas las dignidades eclesiásticas y civiles, así como todos los miembros del cabildo de esta ciudad, se ordenó traer al negro Juan, quien aguardaba en uno de los calabozos del castillo de San Felipe. Al verle salir por la puerta del castillo, conducido por dos soldados del regimiento de Vitoria, lucía tan tranquilo que parecería estar dispuesto a aceptar su destino, o bien desconocer por completo el tormento al que estaba a punto de ser sometido. Nadie nunca supo a ciencia cierta cuáles fueron los cargos por los que se le acusaba de brujería, o el resultado claro del juicio que terminó poco después del toque de las Avemarías del mediodía. Lo que no quedaba duda ante tal espectáculo, es que el negro Juan de la Cruz sería entregado a la hoguera esa misma tarde, y ante la vista de todos.

Justo antes de iniciarse el auto, el Juez Inquisidor fue informado de unos diez mozos que practicaban al arco y flecha cerca de la puerta que llaman de San Juan, y que, al parecer, entretenidos o despreocupados, no acudieron al llamado general, por lo que el Señor Inquisidor mandó por ellos. Y traídos dichos jóvenes ante el Juez, y en presencia de todos, el juez lanzó una diatriba contra éstos, acusándoles de cuanto pudo por el sólo hecho de desobedecer al llamamiento general. Si bien el negro Juan, atado ya al madero, lucía tranquilo, eran

ahora éstos jóvenes los que tenían dibujada en su faz la marca del terror. Sus rostros no podían ocultar la vergüenza de ser amonestados tan rudamente y ante todos, tanto así que uno de ellos no pudo contenerse hasta orinarse dentro de los calzones. No conforme con el escarmiento que les había propiciado, el Juez de devoción retorcida, ordenó a éstos se formasen frente al negro Juan, instruyéndoles para que con sus arcos y flechas se pusiesen a las órdenes del mando del capitán del regimiento de Vitoria.

El auto de fe se había convertido en una ejecución, y esto en contra de las leyes y bajo el silencio y la complicidad de todas las autoridades allí presentes. Nadie intervino, y a la orden, comenzó el tedioso suplicio. El negro Juan recibió con total serenidad la primera ráfaga de flechas, a la par que los jóvenes hicieron alarde de su puntería. Una segunda ráfaga fue ordenada con igual suerte. Todas habían hecho blanco en su cuerpo, y al parecer, ninguna alcanzaba por darle muerte. De pronto, la serenidad total que reflejaba el negro Juan en su rostro, comenzaba a desatar crecidas murmuraciones dentro de la multitud. De inmediato se ordenó una tercera ráfaga, cuyos blancos fueron todos directos al pecho, y, a pesar de ello, no alcanzaban darle muerte. En este instante y ante tal espectáculo, la muchedumbre comenzó a descomponerse rápidamente, y las voces y murmuraciones crecieron con tal velocidad que pareció se desataría un motín. Ya no había más flechas que lanzar, y permaneciendo Juan inmune a la muerte, fue capaz de dirigir su vista sobre la multitud y luego hacia los cielos, momento en que algunos cuentan se le escucharon decir algunas palabras, aunque en verdad entre los que afirman esto ninguno ha podido ponerse de acuerdo. En medio de la algarabía de la muchedumbre, el Juez dio la orden para encender la hoguera, pero al parecer nadie alcanzó a escucharle, la vez que algunas mujeres comenzaron a desplomarse.

Los soldados de la guarnición de esta plaza, quienes profesan una profunda devoción por el santo mártir Sebastián, al ver que el negro brujo no moría a pesar de haber sido asañado con unas treinta flechas, quedaron inmóviles ante tal visión. Uno de ellos, el más devoto del santo, conmovido ante la estampa que se hacía a su vista, rompió la formación y corriendo subió hasta el quemadero en el que estaba atado Juan de la Cruz al madero, y con su cuchillo rompió las amarras, mientras dominado por una contagiosa pero extraña alegría exclamaba: —¡Viva el Santo!—, en clara alusión al Santo Sebastián. Todos los soldados, de consabida devoción que por este Santo mártir tienen, respondieron a la aclamación al son de vítores y hurras. —¡Viva San Sebastián!— mientras tronaban otros tantos alborotos entre la desorganizada concurrencia.

Pero pronto el silencio nuevamente dominó, al percatarse la muchedumbre de que a pesar de estar desatado del madero, y con treinta flechas en su cuerpo, Juan de la Cruz no acababa por desplomarse. El Juez Inquisidor, igualmente sorprendido, exclamó: —¡ven que si es un brujo este hombre, y que esto no puede más que ser obra del mismísimo demonio!—, y seguido ordenó al capitán darle muerte. Pero el capitán, inmóvil, oía lo mismo que una piedra. Fue justo en este momento, y para la mayor sorpresa e incredulidad de todos, que el negro Juan de la Cruz, altivo y sereno, comenzó a descender del quemadero. Entonces fue, que cuando le vieron comenzar a caminar, allí se desató el desorden, y una gran conmoción general que duró varios días. Unos cayeron de rodillas implorando a los cielos, otros corrían echando chillidos a los aires, los más sólo corrían desparpados y sin rumbo, y entre los soldados lo común que se escuchaba era el —¡San Sebastián inmortal!—. En gran cantidad también los vi correr hasta la Iglesia del convento de Santo Domingo, donde hubo gentes que no quisieron salir en meses. Allí los monjes repicaron las campanas, y de igual forma ocurrió en la Catedral y demás iglesias de la ciudad. Un sonadísimo vocerío, mezcla de gritos, llantos, rezos y aclamaciones de todo tipo, arroparon como una llama toda la ciudad amurallada. El gobernador, quien no había asistido al auto por encontrarse enfermo en cama, pensó que se trataba del tan esperado ataque de los Ingleses, y poniéndose de pie ordenó se tocara la generala.

Juan de la Cruz, el negro "brujo", como unos le llamaban, para otros el San Sebastián Negro, pero a pesar de esto, para quienes vimos a Juan de la Cruz caminar con treinta flechas atravesándole el cuerpo por las calles de esta ciudad, y avanzar hasta la puerta de tierra, y al verle los soldados que la custodiaban acercarse a ella, sin mediar palabra éstos la abrieron, y dejaronle seguir su camino hasta perderse de la vista en la lejanía. Para los que presenciamos este milagroso suceso, siempre será Juan de la Cruz, el inmortal.

Según algunos cuentan, lo vieron continuar su marcha de regreso hasta la vecina aldea de Loíza, donde había sido apresado en horas de la madrugada. El Inquisidor y sus hombres lo buscaron por toda la isla sin resultados, y la verdad es que este hombre desapareció sin dejar mayor rastro que una ciudad enloquecida. Tomó varios meses volver a la normalidad, y muchos nunca pudieron hacerlo. Hubo también varios casos muy tristes, donde algunos murieron jugando a ser el negro San Sebastián. Pronto quedó totalmente prohibido hablar de él, y a esta fecha, veinte años después de estos sucesos que os acabo de narrar, son muchos los que ya no recuerdan a Juan de la Cruz, aún aquellos que más padecen por lo sucedido

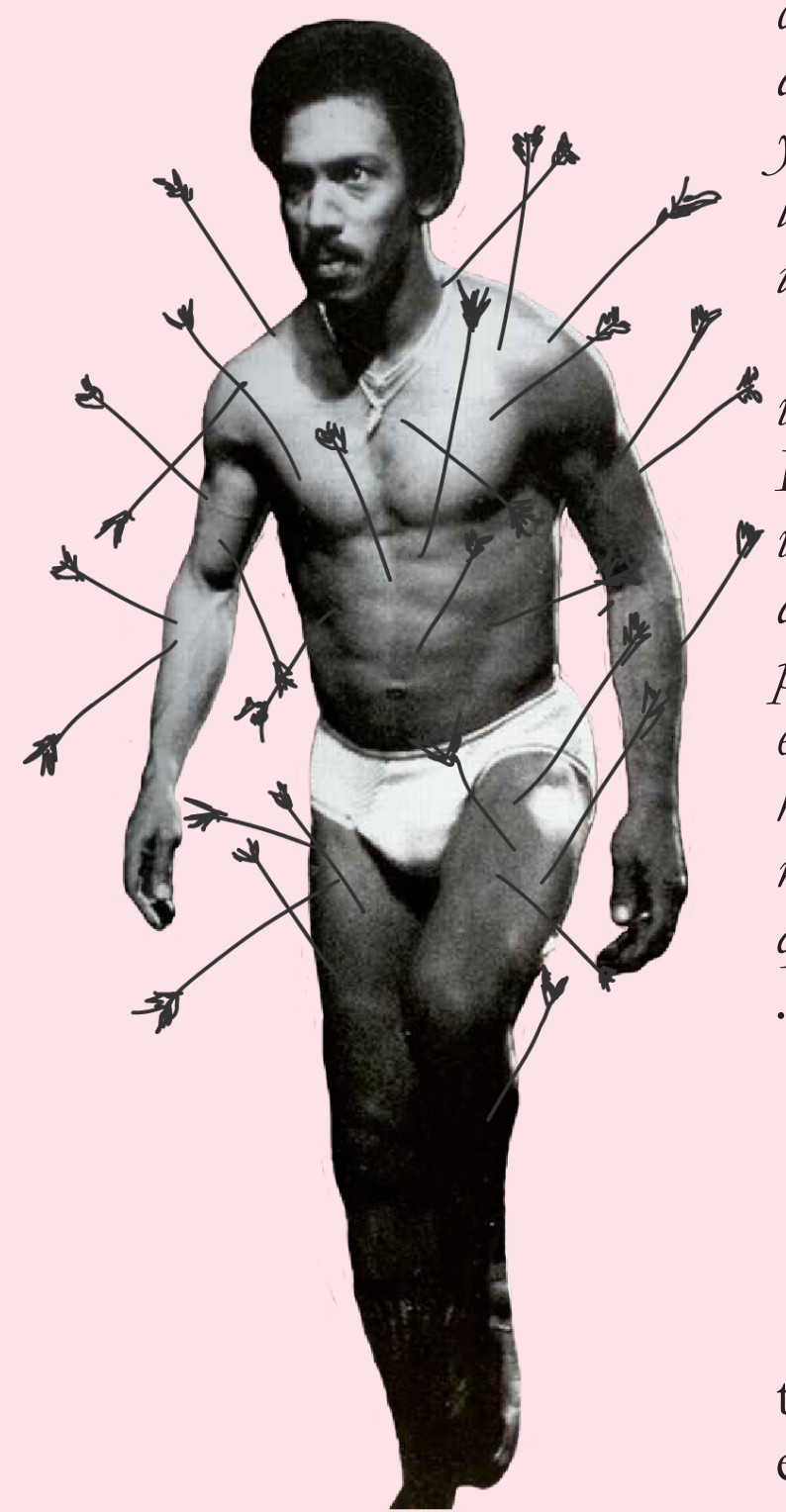
Año de 1797

[Hay un signo y una rúbrica, ambos inteligibles]

Terminada la lectura, el maestro Rosado cerró el cuaderno, y tras un breve silencio, le dijo a Rafael: —Tómalo, es tuyo—. Y de esta manera, según me cuentan, todos continuaron trabajando hasta poner en orden el taller.

Rafael conservó este cuadernillo durante muchos años, sacándolo de vez en cuando para leerlo a sus hijos. Tras su muerte, el mismo se encuentra en posesión de sus hijos herederos, a quienes debo la amabilidad de permitirme publicar en el presente trabajo una transcripción íntegra de su contenido.

Don Generoso Barreto Ortiz
Investigador incansable.



www.betalocal.org

BIBLIOTECA DE LA ESQUINA
ABIERTA PARA USO COMUNITARIO

6:30-9:00 pm
viernes, 13 de enero, 2012
Comedor de los Viernes
Cocina italiana y húngara

6:30-9:00 pm
sábado, 21 de enero, 2012
Cena Roja - Alana Iturralde

7:00 pm
jueves, 26 de enero, 2012
El destranque IV
Taller de escritura creativa con Mela Pabón

6:30-9:00 pm
viernes, 27 de enero, 2012
Comedor de los Viernes - Comida Árabe